



El Gobernador Civil y Jefe provincial del Movimiento, camarada Correa, en su discurso.

ello por sí sólo justificaría todos los sacrificios del Movimiento y los dolores de la guerra.

En enero del año anterior se aprobaba, como la secretaria nacional ha recordado, el proyecto de creación del Cuerpo de divulgadoras y el plan de actuación del mismo. El Servicio de la Hermandad de la Ciudad y del Campo ha llevado a cabo la gran obra en los términos que habéis conocido a través de los datos que la secretaria nacional ha leído. Anunciados los cursillos de formación y capacitación de divulgadoras en enero, en el mes de marzo se celebraron ya en la mayor parte de las provincias de España, y en las restantes dentro del mismo año. Las divulgadoras han realizado además una importante labor de colaboración en orden a la legislación social y del trabajo.

Profilaxis moral.

En el camino de una política demográfica, esto es muy importante, pero no basta. Porque España, que nunca fué aquel emporio de que nos habla su Primera Crónica General, tuvo, sí, siempre, la gran riqueza de los niños, cuya presencia copiosa en las familias era su honor y fortaleza. Y porque esos niños se morían y con ello disminuía el capital de la Patria, vosotras empezasteis la lucha contra la mortalidad infantil. Pero hoy la sanidad física no basta; es preciso realizar una acción paralela de profilaxis moral. Un proceso largo de descristianización, iniciado antes de la República, agravado durante la República y que culminó en los años de la revolución roja, ha producido tan grave estrago, que, sin aquella acción paralela, como digo, nuestra empresa sería imposible. Este estrago ha hecho frecuentes las prácticas antinatalistas en términos alarmantes, no sólo porque subvierten el orden moral, sino porque comprometen gravemente para el futuro el poder político de la Patria. La sociedad civil se defenderá contra esta plaga de la sociedad moderna, que ha plantado en España sus tiendas, por medio de leyes penales, muy próximas a su promulgación, y por las adecuadas medidas gubernativas para combatir un intrusismo y un profesionalismo encanallados.

Necesidad de cooperaciones extraestatales.

Pero esto serán sólo remedios parciales. La solución entera y profunda para combatir el mal necesita de la cooperación de otras entidades que viven más allá de la órbita del Estado. Me refiero a que nos es indispensable el insustituible magisterio de la Iglesia, que sólo ella para nosotros tiene autoridad para definir en el orden moral y para difundir los deberes que hemos de cumplir para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo. Grave preocupación ésta que pesa sobre el Gobierno, como carga de conciencia en estos momentos, siendo nuestro impaciente deseo cerrar un paréntesis de anomalía, ya demasiado tiempo abierto, por virtud del cual en casi la mitad de las diócesis de España está la grey sin pastor. El Gobierno español está seguro de contar, para resolver problema tan importante, con la alta comprensión y ayuda de la Santa Sede.

Urgencia para resolver las necesidades económicas del pueblo español.

Medidas de orden sanitario, por consiguiente, de una parte; de otra, medidas de orden moral. Tampoco esto sería suficiente aún. Es preciso hacer frente, con medidas de carácter económico, al problema cierto del hambre en muchos sitios de España. Por eso, en este Congreso, como en todos los actos, la Falange hace justicia a la gran obra de Auxilio Social, que tanto prestigio ha cosechado para el Partido, que ha realizado una labor inmensa y que ante la tremenda necesidad que viene a socorrer, nosotros hemos de decir que no es tiempo aún de hacer filosofía sobre si sirve o no la sopa boba, mientras la Revolución pendiente no la haga efectivamente boba, abriendo a todos los españoles cauces de dignificación y de trabajo.

Demasiadas gentes, en el interior de España y, sobre todo, en el exterior, por una incurable frivolidad o por insano rencor, se desentienden de este problema, mientras nosotros tenemos agobiado el corazón por el peso terrible de tanta necesidad y de tanta miseria como padece nuestro pueblo. A los españoles, altos y bajos, apelamos para que, en apretada hermandad, hecha de ejemplos y sacrificios, se agrupen en torno de la acción de gobierno desvelada para aliviar este problema. Frente a lo que los tontos dijeron sobre nuestras posibles locuras, yo tengo que afirmar, y podría probar, que nuestros pasos han medido todos los caminos de la prudencia para intentar resolver este grave problema, para dar de comer al pueblo español, compromiso que nos obliga y nos acucia como ningún otro. Y en esta actitud estamos y en ella perseveraremos; pero hemos de decir que el problema ha de resolverse ahora, para este invierno, ¡y pronto!, sin trámites dilatorios. Necesitamos pan para que el pueblo coma, necesitamos materias primas para que el pueblo trabaje, no un día, ni dos días, sino todos los días. *(Muy bien y aplausos.)* Y si ante esto, que es mera exigencia de nuestro derecho de vida, las gentes estuvieran insensibles a nuestras demandas y nos negasen el pan o hicieran imposible el trabajo del pueblo español, o nos exigieran un precio el honor, entonces, camaradas de la Falange, ¡qué riesgo, qué dolor, ni qué muerte...! *(Clamorosos aplausos, que duran largo rato e impiden oír las últimas palabras.)*

(Hecho el silencio, el ministro continuó:)

Bueno es que se sepa, aquí y fuera de aquí, que los españoles en ningún fuego se abrasan tanto como en el de la afrenta.

Hubiera sido deseo nuestro dedicarnos a la apremiante tarea de la reconstrucción de España en una hora de paz de Europa. Ello no está al alcance de nuestra voluntad. Desgraciadamente, esto no es posible, por la guerra, por el drama que en el mundo se desarrolla, en el que a nosotros nos correspondió actuar ya en sus primeras jornadas. Y a él seguimos atentos, porque tenemos la convicción de que el llamado tradicional aislamiento de España ha sido la causa más grave de nuestros largos y hondos males nacionales. No hay un sólo problema en Europa que sea para nosotros indiferente. Y en este drama seguimos atentos porque pensamos que ha de tener por finalidad conquistar para el mundo un orden que será mejor y más justo el dar a cada pueblo su derecho frente a aquel otro orden viejo, odioso y execrable. *(Muy bien.)*

España presente en Europa y atenta a las realidades del mundo.

España, repito, con observación atenta y vigilante, está presente en el mundo. Desde el reinado del último Monarca de la Casa de Austria, agotadas nuestras fuerzas en la obra militar y civilizadora, España se deslizó abiertamente por la pendiente de la decadencia, y en todo el último siglo vivió de espaldas a la política exterior, empeñados sólo los españoles en sangrientos episodios interiores, agotadores y estériles. No intervinimos—durante este período—en las grandes contiendas militares del mundo, o, si lo hicimos, no fué como capitanes gozosos al viejo estilo de España, sino como reclutas descontentos; como si la misión de España en el mundo hubiera terminado ya. Y cuando estuvimos presentes en alguno de los grandes pleitos militares de Europa o en las conferencias que subsiguieron a aquellos conflictos, jamás fuimos a ellos como consecuencia de la libre y voluntaria decisión de una conciencia nacional que sirve su propio interés, sino por imperativo de una política interior débil, sometida a la servidumbre y al vasallaje de intereses y propósitos extraños. Y porque ello fué así, en esos grandes acuerdos que subsiguieron a las guerras de Europa, para España se producen siempre una de estas dos consecuencias: o la disminución de su soberanía o la desmembración de los restos de su Imperio. Y esto en términos tan absolutos, que incluso en aquellos tratados de carácter meramente preventivo, en los que nosotros, sin exigente voluntad, tomamos parte, las líneas geográficas que marcaban los límites de nuestro poderio extrapeninsular invariablemente resultaron brutalmente mutiladas en términos que constituyen una tremenda iniquidad. *(Aplausos.)* Y cuando se presentó una coyuntura propicia, jamás España la aprovechó. Y coyunturas hubo en las que hubiera sido posible dar satisfacción a aquellas cosas por las que España suspiró siempre y son una exigencia de su ser.

Consecuencia de esta presencia nuestra ha sido Tánger. Su situación fué delicada, y España ocupó aquella ciudad y aquel territorio a la vez para iniciar el proceso de ejecución de un derecho suyo y para prestar un servicio al mundo. Y cuando se produjo la insolencia de intentar discutir nuestro derecho, España lo realizó en plenitud, y el Caudillo—sin perjuicio del respeto debido a los importantes



Aspecto del Salón de Ciento durante el acto de la inauguración del V Consejo.